

David Perry

Luis Merino Reyes y Benjamín Morgado evocan su figura

EL POETA DAVID PERRY

Conocimos a David Perry hace unos treinta años, imaginándolo distinto, por cierto. Se me había hablado de su indiferencia por publicar libros, visto de ahí lo irreferencial en algunos literatos. Perry, un hombre de tez roja y ojos azules, semejante a esos hidalgos que aparecen en las clásicas novelas inglesas, creía en el diálogo callejero, en la charla amable de solteros, en el discurso asediado entre amigos más que en la retórica espectacular y autoritaria. Cierta vez dio una charla en la Universidad de Chile, con el auspicio del Círculo de Amigos de la Cultura Árabe y su mujer, la escritora y maestra Celsa Torres, debía leerla a cada momento que su biza el registro de su voz. Perry andaba normalmente sin sombrero y creía, como un devoto, en las fuerzas de la naturaleza y de su rey sin sobrescritos: el sol. Cierta tarde de otoño, invitó, en plena Gran Avenida de Santiago, a Luis Durand y a Guillermo Kienholz, a caminar sin detenerse hacia las torres de la Radio Navia, última estrofa en la Quinta Normal de Agricultura —una travesía por Santiago poética— y a subir hasta sus cúspides, a una altura de unos cien metros, por las angostas escalas metálicas. Durand miró hacia abajo, en mitad de la ascensión y presa del vértigo, desorientado asustado. Durand era un hombre gordo, miopé, que vestía pulcramente como un ordenado caballero francés, un Stendhal, extraviado en nuestra ciudad.

David Perry creía que el hombre se perfecciona con el tiempo. Que si al niño se le hacía contemplar jardines en lugar de metederos, con los años, no habría rechazos para aditarse en la guerra, ni tampoco instructores para esa

bestialidad colectiva. En su amor a la humanidad o mejor dicho, al buen espíritu del hombre, que él ataba con nudos, no hacía diferencias de posiciones políticas, ni de las barreras establecidas por la misma hostilidad de algunos hombres. En una sesión del Instituto Chileno Árabe de Cultura, le oímos proponer que se donara al general Francisco Franco, una bandera confeccionada con la seda de los traidores industriales árabes de Santiago. Es obvio advertir que los asistentes izquierdistas protestaron indignados; pero David Perry mantuvo su proposición imperturbable. El medio de locomoción del poeta no era, por supuesto, el automóvil; ni siquiera el microbús. Andaba a pie; en muy raras ocasiones con abrigo, nunca con sombrero, como ya hemos dicho. Alguen ovejano nos decía que su padre fue médico de Ovalle, todo un inglés, con el sombrero echado hacia la nuca, también personaje inolvidable. Cierta mañana llegó David Perry a casa de Luis Durand, con la agenda señalada en la cara. El novelista no estaba y Perry fue atendido por la señora. Al poeta le urgía, en breve período, una corbata, porque debía concurrir a unos funerales y había salido de su casa con el cuello de la camisa desprovisto de ese loro convencional. Andrés Sabella, otro personaje prodigioso, invitó a Perry y a Nacemad Guzmán a una reunión ecstática en que se bebería hechizo o coctail, para entregar a los más bellos sueños. Guzmán, versátil autor de Los hombres equinos, exclamó al primer sorbo: "¡Bah, esto pasa la curadura!". Perry cerró los ojos y salió de viaje por sus campos oníricos. Sabella, harto de aquel culto repetitivo, juntó las manos en actitud beatífica. Después se averguó con una maldad: —de esos que tanto abundan en la gran ciudad— habían verdo

alcanzan a fortalecer el precario pensamiento. Aparece, dentro de la fe progresista, hasta un ruidismo que a más de algún pensador crispará los puños. ¡Milagro de violencia obtenido frecuentemente por los ruidos de la paz y del bien! Pero esa virtud de David Perry estaba mutilada desde su base. Basta el hombre cotidiano con su bondad a flor de piel, con la palabra afable y perdonadora siempre aída al labio; su preocupación por los ajenos ajenos más que por los propios, su actitud de celebrar otros méritos y triunfos como algo constante y natural, sin reparar que también podían existir los suyos.

Sigamos con respeto esta "Oración a los ojos" del Nazareno en marcha; apreciemos al poeta en el arpegio justo de su cuerda lírica, en su naturaleza asediada y apostólica. Escribe Perry: "¡Oh! divi na virtud de los sentidos, / redes azules en que alma coge/ el mundo con sus trémulos latidos/ para guardarlos en misteriosa troje/ Aridez de los ojos, transparencia/ vibradora del aire, vuelo blando/ de la mirada que en la evanescencia/ de las nubes aladas va posando./ Los ojos miran las gestos formas/ de la vida y advierten asombrados/ a través de los seres y las normas/ la confluencia de lo creado/ Infinito de las constelaciones/ claras y silenciosas, alboradas/ de un mundo ignoradas dimensiones/ la eternidad cantando en la mirada".

Un día de este año 1969, David Perry paró a su "mundo de ignoradas dimensiones". Nosotros ni sabíamos que estaba enfermo y la noticia de su muerte nos sorprendió lejos de Santiago, en sus azules tierras del Norte Chico. No sabemos qué impulso misterioso —para hablar creyendo en lo que él creía— nos hizo llegar una tarde a su Ovalle natal y comprometer un recuerdo suyo, la reconstitución de una parte de su singular personalidad, a través de una mente desprovista de su pureza y de su rarísima bonhomía.

Luis Merino Reyes

DAVID PERRY

Su vida se apagó con la misma humildad con que había vivido: serena, tranquila, sin preferir jamás una palabra dura. Tuvo la dulzura de San Francisco de

Asia y el espíritu inquieto de un marino inglés.

Lo fuimos a dejar un día Martes, a medio punto, precisamente cuando el sol desde lo alto cubría su rayo vivificante sobre la tierra otoñal. Era una extraña paradoja que aquel hombre que había vivido exclusivamente para hacer el bien, para restañar heridas, para dulcificar los corazones, volviera a la oscuridad de la tierra en pleno día.

Su inteligencia y su caridad habían brillado de la misma manera que el sol sobre todos los rincones en que se necesitaba la ayuda espiritual, el trabajo del interesado, la amistad clara. Ahora, de laje de un sol abrasador se iba para siempre.

Había sido miembro de todas las instituciones culturales, desde aquel inolvidable Ateneo de Santiago, la ferocida Alianza de Intelectuales, hasta la Sociedad de Escritores, la Asociación Chilena de Escritores, la Unión de Escritores Americanos, la Sociedad Amiga del Árbol, el Centro Chileno-Mexicano de Cultura, la Sociedad Boliviana, la Sociedad de Amigos de la Cultura Árabe y tantas otras corporaciones literarias. Y en todas ellas, no fue un simple e indefinido militante, sino un activo miembro que trabajó sin descanso, como Director o como socio, después de irradiar la luz de su inteligencia hacia todos los rincones.

De una humildad exagerada para sí mismo, siempre se propuso voluntariamente. Nunca nadie lo escuchó hablar de sí mismo. Nunca sabía que era un egresado de la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile. En cambio, siempre hablaba de la vida tranquila, del campo, de todos los bellos lugares de la patria, de la necesidad de que los escritores recibieran en vida los homenajes y no después de muertos y muy especialmente, se inspiraba recordando las incomparables bellezas de la provincia de Coquimbo.

Había nacido en Ovalle el 14 de Abril de 1896. Su padre, llamado el "apóstol de la forestación" le inculcó el amor al árbol. El valle del Limarí es una zona extraordinariamente fértil e invita a soñar bajo las enramadas. Y cuando hacia el sur o hacia el norte el desierto comienza a devorar la herencia del paisaje, el viajero no deja de detenerse a pensar, como lo hizo Perry, en los siglos que son el último grito de verde:

David Perry [artículo] Luis Merino Reyes [y] Benjamín Morgado.

Libros y documentos

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-2011

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

David Perry [artículo] Luis Merino Reyes [y] Benjamín Morgado.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)